
Los lugares del padre en la cura analítica con niños¹

Elda Abrevaya

*Departamento de Psicología
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

Los orígenes del psicoanálisis infantil

Los orígenes del psicoanálisis infantil pueden verse como el nacimiento de un discurso o más bien de discursos con respecto al niño. La primera psicoanalista de niños, Hermine von Hug-Hellmuth, sostenía en el VI Congreso Internacional de Psicoanálisis, celebrado en 1920, la misión educativa del psicoanálisis. Consideraba que el psicoanalista debía impartir al niño valores morales y sociales. Este planteamiento, también sostenido luego por Anna Freud, sería puesto en cuestión por Melanie Klein, quien veía una contradicción insalvable en querer a la vez curar y prohibir.

Si hubiera que marcar un comienzo en la historia del psicoanálisis infantil, éste sería el momento en que Sigmund Freud asume la dirección del tratamiento de Juanito ("el pequeño Hans"), por intermedio de su padre. Juanito padecía de una fobia de caballos. El padre del niño era médico y había sido analizado por el propio Freud. Freud creía que se trataba de una situación ideal para comenzar el tratamiento de Juanito ya que el padre aseguraba un doble papel, el paterno y el médico. Esa práctica, que parece totalmente insólita hoy, era usual en la época. Los primeros psicoanalistas, al disponer de pocas personas que pudiesen ser analizadas, recurrían a miembros de su familia, tales como hijos y sobrinos, para analizarlos.

En el caso de Juanito, Freud puede concluir, una vez el tratamiento se finaliza con éxito, que el análisis de un niño es análogo al de un adulto en tanto que se trata de trabajar con los contenidos inconscientes. No ve motivo alguno para temer "que no reforzaría las pulsiones malas haciéndolas conscientes" (véase S. Freud 1976:155). Aquí, Freud se refiere particularmente a las pulsiones sexuales.

El camino abierto por Freud, por medio del tratamiento de Juanito, posibilita así el nacimiento de un nuevo campo de estudio. El niño pasa a ser el objeto apasionante de un nuevo saber, pasión que marcará a su vez a los que querrán lanzarse a esta aventura. Pero también será motivo de divisiones profundas entre las pioneras, von Hug-Hellmuth, Anna Freud y Klein.

Las diferentes concepciones acerca del psicoanálisis infantil se corresponden, a su vez, con las diferentes modalidades en que se ha definido el papel de los padres en la cura del niño (Young-Bruehl 1991:91). Si para von Hug-Hellmuth y Anna Freud, el analista debía sustituir a los padres en su carácter moral y educativo durante el tratamiento, para Klein esa visión era inadmisibile.

El que el analista tome el lugar de los padres durante el tratamiento implica que el primero se convierte en un representante del superyó. Un superyó que sería feroz y fuente de angustia para el niño desde la perspectiva de Klein:

el superyó es algo que el niño siente operando internamente de una manera concreta; que consiste en una variedad de figuras construidas a partir de sus experiencias y fantasías y que se deriva de las etapas en que introyectó a sus padres (Klein 1965:32).

En lugar de permitir la des-alienación del niño con respecto al impacto y a la severidad de las introyecciones de los padres que constituyen el superyó, el tratamiento, según Hug-Hellmuth y Anna Freud, consistiría entonces en someter al niño a una doble alienación, tanto a la de los padres como a la del analista.

Aunque Klein no trabaja directamente con los padres, éstos se hacen presentes en el espacio analítico bajo las proyecciones fantasiosas del niño, las cuales corresponden a imágenes distorsionadas de los padres reales, debido a la acción del superyó. Klein señala que el analista no puede jugar un doble papel, el de curar y prohibir a la misma vez. Curar implica dar plena libertad a la expresión fantasiosa del niño, lo opuesto de un reforzamiento de la represión superyoica, de la que el analista se haría representante. ¿Qué significa la libertad de expresión fantasiosa desde el punto de vista del niño? Algunos fragmentos del análisis de Juanito permiten ilustrar esa idea.

El padre prohíbe a Juanito tocarse su pene puesto que atribuye la fobia de caballos al hábito onanista.

Padre: ¿Sabes una cosa? Si no te pasas más la mano por el hace-pipí, la tontería se te irá yendo.

Juanito: Pero si ya no me paso más la mano por el hace-pipí.

Padre: Pero sigues teniendo ganas de hacerlo.

Juanito: Sí, vaya, pero "tener ganas" no es "hacer", y "hacer" no es "tener ganas" (S. Freud 1976:27-28).

En esas sabias palabras de niño está contenida una buena definición del psicoanálisis, la cual establece una distinción entre el deseo fantasioso y la realidad. Distinción que aplica por tanto igual a los niños como a los adultos. La libertad de expresión fantasiosa implica que el niño debe tener la posibilidad de poner en palabras su realidad psíquica sin que sus palabras estén sujetas a los prejuicios y prohibiciones del analista.

Otro día, padre e hijo están conversando acerca de Anna, la hermanita de Juanito, quien es objeto de celos por parte de éste.

Padre: Por eso has pensado, cuando la mami la baña: "Ojalá saque las manos", y entonces ella se caería adentro del agua...

Juanito: (completando)... y se moriría.

Padre: Y si te quedarías solo con mami. Y un muchacho bueno no desea eso.

Juanito: Pero tiene permitido pensarlo.

Padre: Pero no está bien.

Juanito: Pero si él lo piensa, es bueno escribirselo al profesor (S. Freud 1976:61).

Habría que precisar que el padre enviaba los informes de sus conversaciones con su hijo a Freud para que éste le hiciera las recomendaciones pertinentes en cuanto al curso a seguir en el tratamiento. Juanito tenía bien claro que la presencia del profesor Freud era garantía de que la verdad, su verdad atinente al deseo, podría decirse.

La verbalización o simbolización de las fantasías sexuales y agresivas en la cura no implica que el niño las lleve a su realización. La reserva que Hug-Hellmuth y Anna Freud tendrán en cuanto a la libertad fantasiosa de lo sexual y lo agresivo hará que no acepten en análisis a niños pequeños antes de la resolución del complejo del Edipo y por tanto antes del establecimiento del superyó. Y, por otro lado, esa concepción imprimirá a la praxis de ambas psicoanalistas un carácter educativo, el cual corresponde a prohibir la representación de esos deseos sexuales y agresivos por temor a que se refuercen.

El padre imaginario

En la geografía imaginaria que traza Klein del universo del niño, el padre aparece desde muy temprano como el tercero en la relación del niño con la madre; es el que frustra esa relación. Frustración máxima cuando presencia o imagina que sus padres se hallan unidos en el coito (véase Heimann 1965:45). El padre no solamente es el tercero que interviene en la relación madre-hijo, sino también el que representa el polo de seguridad para el niño quien, bajo la angustia depresiva, se siente internamente hecho pedazos por haber atacado y destruido a su madre.

Los inicios del complejo de Edipo coinciden precisamente con la posición depresiva en donde el niño puede percibir a sus padres como personas (en el lenguaje kleiniano "objetos totales") con vida propia y vida común. Lo que Freud elaborará como complejo de Edipo a partir de los tres o cuatro años aproximadamente será, desde la perspectiva de Klein, la culminación de un proceso iniciado en la temprana infancia. La manera en que el niño resuelve el complejo de Edipo dependerá del "interjuego de fuerzas en este temprano periodo" (Heimann 1965:49).

La idea del entrejuego de fuerzas múltiples refleja hasta qué punto los inicios del complejo de Edipo corresponden a un tumultuoso encuentro de pulsiones orales, anales y genitales que obran al mismo tiempo y en direcciones opuestas, aunque luego predominen las genitales. Las fantasías sádico-orales de succionar, tragar e incorporar el pene del padre, así como las sádico-anales de tomar posesión del pene para dominarlo, conducen a una situación genital: "hacia el deseo de tener relaciones sexuales con él y de recibir bebés de él" (véase Segal 1982:114). En el caso del varón se trataría de una posición femenina con respecto del padre, la cual tiende a minimizarse en la sexualidad masculina.

Una consecuencia principal de la construcción kleiniana del complejo de Edipo es el *lugar del padre como el tercero imaginario*, que aparece configurado en la escena primaria y unido a la madre. Ese lugar del padre no se resalta suficientemente en las elaboraciones de la posición kleiniana, ni en las posiciones teóricas principales en el psicoanálisis infantil, como si la madre fuese el objeto de fascinación de los psicoanalistas de niños, que resultan ser mujeres la mayoría de las veces. Fascinación que implica, según Lacan, tanto seducción como amenaza.

Si bien el complejo de Edipo es definido dentro de la perspectiva kleiniana como el complejo nuclear (Heimann 1965) en tanto estructura central que organiza la vida psíquica, se halla ausente en esta organización la referencia al orden simbólico o a una construcción transindividual

que posibilite la constitución subjetiva. Mi intención aquí no es lanzar una crítica a Klein, sino apuntar a las discontinuidades en la evolución del pensamiento psicoanalítico infantil y tratar de dar cuenta tanto de las rupturas como de las continuidades entre Klein y Françoise Dolto. Entre las dos psicoanalistas geniales se intercalaría un eslabón decisivo donde se ubicaría la aportación de Lacan.

El padre simbólico

En el vocabulario de Lacan, el complejo de Edipo da cuenta del acceso del niño al mundo simbólico gracias a la inscripción en éste del padre como representante de la ley (véase Hurstel 1988:248). En este sentido, el padre de Freud y de Lacan es el padre simbólico, que va más allá del padre imaginario. Y es en la medida en que existe una construcción trasindividual, que el padre imaginario de Klein puede ser estructurante en términos psíquicos. Es preciso subrayar la función simbólica del padre, designada como el nombre del padre por Lacan (véase Cottet 1988:54).

La función paterna se marca por una doble inscripción. En el campo cultural se inscribe principalmente por medio de los montajes jurídicos que permiten regular las leyes de genealogía y filiación. Leyes que posibilitan que alguien se convierta en el hijo o la hija de sus padres. Y es sobre esta base jurídica que el sujeto puede tejer su historia. La función paterna se inscribe en el campo de la subjetividad a través del complejo de Edipo en la medida en que un cuadro jurídico la sostenga. El eje subjetivo de la ley corresponde a la prohibición del incesto, de la que el padre se hace garante.

Cada sociedad, dice Legendre, *fabrica*, crea un padre para el niño. Ficción necesaria para que éste pueda acceder a lo simbólico. Y es a través de ese padre simbólico que el niño puede relacionarse con el otro y entrar en el contexto de la legalidad. Ese padre creado no necesariamente es el progenitor:

Este imperativo sitúa al padre no como genitor sino como tercero de la palabra en relación con la pareja madre-hijo. La ficción consiste en hacer pasar el *ser nacido* del lado de la referencia legítima que constituye el tercero social de todas las palabras intercambiadas y en las que el padre—cada padre concreto—no es, cuando mucho, más que un representante (véase Legendre 1994:67).

De ahí la idea de un nacimiento simbólico que precisa del padre y

que hace que no sea suficiente el haber nacido de la madre. Mientras que Klein postula que ese tercero es imaginario, a partir de Lacan será necesario tomar en cuenta el *tercero de la palabra* que hace posible el paso del niño por lo simbólico.

¿Cómo opera ese tercero de la palabra en la cura? Desde las primeras entrevistas, el psicoanalista se asegura que los lugares genealógicos de padre, madre, hijo, hija sean ocupados conforme a la ley simbólica. En la ausencia de una ley que intervenga como interdictora del goce incestuoso entre padre e hijo, el analista se hace representante de la ley. Esa atención prestada a un orden, a una estructura, es la que permite establecer el *encuadre analítico*. Aun cuando el padre se encuentra ausente en la vida del niño o en el discurso de la madre, el analista significa su presencia por medio de su falta en la situación analítica.

En el caso de Nilsa, una niña de cuatro años que traté como analista, su síntoma de desafío a la ley para hacer su propia ley, se remitía al malestar de la pareja. El padre no lograba llevar a cabo su función simbólica. Trataba a su esposa y a Nilsa como si fueran sus dos hijas, quienes entraban en una relación de rivalidad por él. Cuando surgían situaciones conflictivas entre ambas, su mediación consistía en dar trato igual, sin diferenciar los lugares de esposa y de hija.

Sin embargo, valdría señalar un punto. Si bien Nilsa llega a la primera entrevista como una tormenta con su fuerza viril, en desafío de la ley que yo representaba, pronto me deja saber que reconoce la importancia de que un tercero se haga garante de la ley. Una ley que podría garantizar el orden y la seguridad de su mundo. En sus palabras de niña lo expresaba así: *Mami, no te olvides de ir a hablar con la doctora.*

El padre real

Ese peso acordado a una concepción estructural del padre no hace menos importante el lugar del *padre real*, el progenitor, en la cura. En la cita que sigue, Lacan distingue entre el padre real y el padre simbólico, refiriéndose a éste como *lo verdadero de lo real* o *lo verdadero*.

El padre es una función *que se refiere a lo real*, no es por fuerza lo verdadero de lo real. Esto no impide que lo real, *lo real del padre sea absolutamente fundamental* en el análisis. El modo de existencia del padre radica en lo real. Es el único caso en que lo real es más fuerte que lo verdadero. Digamos que también lo real puede ser *mítico*. Ello no obsta a que, para la estructura, sea tan importante como todo decir verdadero (Lacan 1976:45).

La construcción de la escena primaria en referencia a los genitores revela ser decisiva en el transcurso de la cura analítica. La escena primaria se refiere al deseo de los padres que, en su unión sexual, concibieron al sujeto; o sea, esa referencia a lo real es necesaria para que sea posible la constitución imaginaria del sujeto. Y así la intrincación de lo real y lo imaginario se puede dar bajo el efecto de lo simbólico. Cuando la construcción de la escena primaria es imposible por razones estructurales, como sería el caso de un psicótico, la cura puede permitir la colocación de una figura mítica (Dios, fuerzas cósmicas, etc.) en el lugar del padre real.

En eco a las palabras de Lacan con respecto del padre real es que cobra todo su valor el enfoque de Dolto. *Un niño puede morir porque no se le proporcione su escena primaria y, por lo tanto, su orgullo de estar en el mundo* (véase Dolto 1987:20). Aun en los casos más extremos de ausencia de los padres biológicos, como puede ser el abandono de un niño o la adopción o en todos los casos en que el niño no es criado por los padres biológicos, es necesario restituir al niño la escena de su concepción antes de los nueve años.

Desde el nacimiento será la madre la que transmite al niño el deseo originario que encarna también al padre. Esta posibilidad de transmisión al niño del padre originario depende, según Dolto, de las experiencias emocionales de la mujer con respecto de su padre, sus hermanos, los primeros hombres de su vida y el padre de su hijo. La representación que hace el infante, en la perspectiva de Klein, del cuerpo de la madre con el pene paterno y los bebés en su interior, traduce ese modo infantil en que el cuerpo materno ya es un representante del padre y de la madre unidos.

El niño es siempre *la representación de su padre y de su madre de nacimiento* (Dolto 1987:21), no importa cuán problemáticos o deficientes puedan ser los padres reales. En el caso de Mario, que aparece en mi libro *El niño, su sufrimiento y la pobreza* (Abrevaya 1989), el padre había asesinado con un machete a la madre, mientras el niño se encontraba en los brazos de ésta. Mario tenía dos años en esa época. El proceso de curación culmina cuando el niño puede construir la escena de su concepción. La representa gráficamente a través de la unión de un monstruo y una perra. Se podrían ustedes preguntar: ¿cómo es que un niño puede curarse después de haber puesto en palabras tal fantasía? Es solamente después de haber exorcisado lo monstruoso de su nacimiento, por medio de las representaciones gráficas, plásticas o verbales, que el niño puede librarse de tales fantasías persecutorias y comenzar a construir su identidad social y sexual.

Dolto recomienda a una psicoanalista que atiende a Alain, un niño abandonado que calificaba a sus padres de *malos*, que éste represente a

través del dibujo lo que para él significa ser malo. *¡Dibuja a tus padres malos! ¡Y a tu padre de nacimiento! ¿Es malo vivir? Y si no es malo vivir, puesto que ellos te dieron la vida, no son malos* (Dolto 1987:21). En este sentido, los progenitores que han conjugado la existencia del niño son sagrados y pueden estar en desfase con las exigencias sociales y morales. Los padres interiores, los que llevamos por dentro, se fundamentan sobre esta base narcisista.

De ahí la extrema importancia que reviste el lugar del padre en la labor clínica con el niño. Aun cuando el padre se encuentra ausente de la vida del niño, es preciso significar su falta y su lugar en el espacio analítico.

¿Cuál es la concepción terapéutica de Dolto, la que subyace a sus intervenciones? Un concepto se impone, el de la *imagen inconsciente del cuerpo*. Esta última corresponde a la *huella estructural de la historia emocional de un ser humano* (véase Dolto 1986:42). Dolto distingue tres aspectos de la imagen del cuerpo--la imagen de base, la funcional y la erógena--las cuales dan cuenta del narcisismo en vía de construcción. Las tres imágenes se hallan ligadas entre sí gracias a las pulsiones de vida.

La imagen de base es la que permite al niño experimentarse en una *mismidad de ser* a pesar de las pruebas y contingencias del destino. De esta mismidad procede la noción de existencia. La imagen funcional permite a las pulsiones de vida manifestarse, bajo la modalidad del deseo, en la obtención del placer. Y lo hacen apoyándose en las funciones corporales como la incorporación y la expulsión. La imagen erógena está asociada a determinada imagen funcional del cuerpo, el lugar donde se focaliza el placer o displacer erótico en la relación con el otro.

La imagen de base es constitutiva del narcisismo primordial, lo cual designa el narcisismo del sujeto en cuanto *sujeto del deseo de vivir, preexistente a su concepción* (Dolto 1986:43). Así se plantea ya, desde antes de la concepción, una ética del feto *articulada al goce de aumentar diariamente su masa carnal* (Dolto 1986:43), ética que sustenta su deseo de nacer.

Este narcisismo primordial constituye en cierto modo una intuición vivida del ser-en-el-mundo para un individuo de la especie, es decir, desprovisto de todo medio expresivo, como lo es aún el niño in utero. Este significante es el que proporciona el sentido de la identidad social, simbólica (Dolto 1986:44).

Me referiré ahora al caso de Luis Antonio, de ocho años, para ilustrar cómo la falta de la escena primaria o su forclusión como significante

*Los vínculos imaginarios entre madre e hijo
hacen posible que se sepa, al ver entrar a un niño,
si es hijo de esa madre o, mejor dicho, si esa
mujer es la madre de ese niño.*

ponía en peligro las bases de su seguridad, creando un estado fóbico en él. Dolto, a diferencia de Freud, considera que la fobia en ciertos casos corresponde al núcleo de la psicosis. En este sentido, su visión es cercana a la de Klein. Para ésta última, la fobia deriva de mecanismos esquizo-paranoides (Dolto 1987:92).

Un día me llaman de la escuela para consultarme acerca de una situación de emergencia. Luis Antonio había expresado que iba a matar a su madre y después matarse él. Estas palabras del niño sobrevenían en el contexto de un incidente en la escuela. Su maestra le había pegado (¿acaso ésta se había convertido en representante del superyó materno perseguidor?) y el niño, sintiéndose en peligro, había brincado la verja de la escuela para escaparse. El niño estaba ubicado en un grupo de educación especial.

Poco después llegan la madre y el niño a mi oficina. Me llama la atención el no encontrar un parecido entre ambos. Los vínculos imaginarios entre madre e hijo hacen posible que se sepa, al ver entrar a un niño, si es hijo de esa madre o, mejor dicho, si esa mujer es la madre de ese niño.

Doña Antonia me comunica que el niño es adoptado. Después del fallecimiento del esposo, la madre biológica había entregado a Luis Antonio, a la edad de seis meses, al convento para que las monjas lo criaran. El bebé se encontraba en un estado físico crítico y se creía que no iba a poder sobrevivir. Una señora encargada por las monjas lo cuida hasta los dieciocho meses, edad en que la pareja lo adopta. Los padres adoptivos le dan un nuevo nombre que se refería a los nombres de ambos padres (Luis era el nombre paterno y Antonia el materno), como si el niño no pudiese acceder a uno propio, fuera de la unión fusional de la pareja.

Mientras que doña Antonia y yo hablamos, el niño traza tres dibujos en donde se repite una figura animal que llamará "vaca" con un ojo en el centro de la cabeza (o rostro). En dos de los dibujos la vaca aparece junto a una "vaquita". Le digo que sus dibujos me hacen pensar en los temores que tiene de cuando era bebé con su madre. Luis Antonio me

responde que no me oye. Sin embargo, su tranquilidad al dibujar y al usar los juguetes me deja ver que había encontrado un espacio de seguridad en el nicho de las palabras que se remitían a sus orígenes, aun cuando las palabras maternas no estuviesen dirigidas al niño con la intención de comunicarle un fragmento vital de su historia. De hecho, la dificultad en ambos padres de asumir la verdad con respecto a los orígenes del niño obstaculizará la labor clínica más allá de unas cuantas entrevistas.

Con ese ojo que figuraba en el centro de la cabeza de la vaca sueño yo por la noche. *Han operado a mi hija de un ojo, el cual está cubierto por un vendaje. Este último cubre el lugar de la herida o incisión que queda después de la operación. Han cortado los puntos.* La imagen onírica del ojo lastimado de mi hija es esa parte vulnerable del cuerpo, en ese orificio, y la sensación de dolor que siento casi físicamente me permite darme cuenta de dónde se situaba la herida del niño. Herida que se remitía a ese lugar donde le había faltado la mirada de la madre, sus ojos luminosos y atentos que lo podían reconocer. El ojo del dibujo como significante traspasa, acribilla mi cuerpo, por así decirlo, y se proyecta en la pantalla del sueño. De eso se trata cuando hablamos de la *transferencia*. El cuerpo del analista se convierte en el lugar de recepción y transmisión de los significantes.

Luis Antonio había perdido a su madre a una edad en que el bebé comienza a distinguirla como objeto total, o sea, en el umbral de la posición depresiva. Luego de que su madre desaparece repentinamente cuando el niño tiene seis meses, pierde una segunda vez a la mujer que lo había salvado de la muerte y lo había amado. La pérdida de ambas, combinadas quizás en una sola madre, la madre originaria, se vuelve catastrófica en una época de la vida en que el otro (su rostro y sus ojos) constituye el único *espejo* con quien el niño se halla en comunicación. El odio que expresaba Luis Antonio con respecto de la madre adoptiva, de querer matarla, significaba que estaba perdido en su cuerpo, como un barco a la deriva, sin referencias identificatorias y en la ausencia de palabras parentales que pudiesen establecer el nexo entre la madre arcaica y su madre actual.

Las dificultades del niño no se debían solamente al secreto mantenido acerca de sus orígenes, en relación a sus genitores. También faltaba su escena de *bautismo* si se pudiese decir así, o sea, su reconocimiento como hijo por parte de los padres adoptivos. Doña Antonia parecía ajena al niño y no se autorizaba a ocupar el lugar de la madre. Creía que si se le revelara al niño la verdad, éste le reprocharía que no fuese su verdadera madre. ¿Qué importancia puede tener ser verdadera o no después que una sea madre y se coloque en la posición de dar? Pero ella no lo podía

hacer. El esposo tampoco podía asumir ese lugar del tercero simbólico, sino que intervenía como el complemento narcisista de su mujer.

La única manera en que doña Antonia podría librarse de ese temor persecutorio acerca de la madre punitiva, curiosamente representado en los dibujos del niño, sería asumir la verdad, lo cual permitiría entonces a ella y a su esposo convertirse en padres de verdad.

NOTA

¹ Este artículo fue presentado originalmente como ponencia en el coloquio "El lugar del padre en psicoanálisis infantil", celebrado en San Juan en marzo de 1996. Agradezco al doctor Ramón Castilla por la revisión del texto.

REFERENCIAS

- Abrevaya, Elda. (1989). *El niño, su sufrimiento y la pobreza*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Cottet, Serge. (1988). Freud et le père. En *Le père*. París: Denoël.
- Dolto, Françoise. (1987). *Seminario de psicoanálisis de niños*. Tomo I. México: Siglo XXI.
- Dolto, Françoise. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona: Paidós.
- Dolto, Françoise y Juan David Nasio. (1987). *El niño del espejo*. Buenos Aires: Gedisa.
- Freud, Sigmund. (1976). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras completas*. Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.
- Heimann, Paula. Una contribución a la revaluación del complejo de Edipo-- las etapas tempranas. En *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Hurstel, Françoise. (1988). La fonction paternelle, questions de théorie ou: des lois à la Loi. En *Le père*. París: Denoël.
- Klein, Melanie. (1965). La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significación. En *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (1976). Conférences et entretiens dans des universités nord-américains. *Scilicet*. París: Seuil.
- Legendre, Pierre. (1994). *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*. México: Siglo XXI.
- Segal, Hanna. (1982). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Barcelona: Paidós.
- Young-Bruehl, Elisabeth. (1991). *Anna Freud*. París: Payot.

RESUMEN

Este artículo analiza las diferentes posiciones que ocupa el padre en el tratamiento psicoanalítico de los niños. Melanie Klein, una de las pioneras en el psicoanálisis infantil, ha hecho posible la conceptualización del «padre imaginario». El «padre imaginario» interviene como mediador entre la madre y el niño desde las primeras fases del complejo de Edipo. Pero este «padre imaginario» puede operar en la medida en que una estructura simbólica lo sostenga. La importancia que le asignó Lacan al «padre simbólico» no debe llevar a minimizar al «padre real», el progenitor. Un niño puede morir si su escena primaria y sus progenitores no les son revelados, según Dolto. Hay un momento crucial en el tratamiento que hace necesaria la elaboración de los orígenes del sujeto. [**Palabras clave:** psicoanálisis infantil, psicoterapia, relaciones padre-hijo, complejo de Edipo.]

ABSTRACT

This article deals with the different positions that the father occupies in the psychoanalytical treatment of children. Melanie Klein, one of the pioneers in child psychoanalysis, has made possible the conceptualization of the "imaginary father". The "imaginary father" intervenes as a mediator between the mother and the child since the early phases of the Oedipus complex. But this "imaginary father" can operate to the extent that a symbolic structure sustains it. The importance that Lacan accorded to the "symbolic father" should not lead us to minimize the "real father", the genitor. A child can die if his primary scene and his genitors are not revealed, says Dolto. There is a crucial moment in the treatment that makes necessary the elaboration of the origins of the subject. [**Keywords:** child psychoanalysis, psychotherapy, father-children relations, Oedipus complex.]